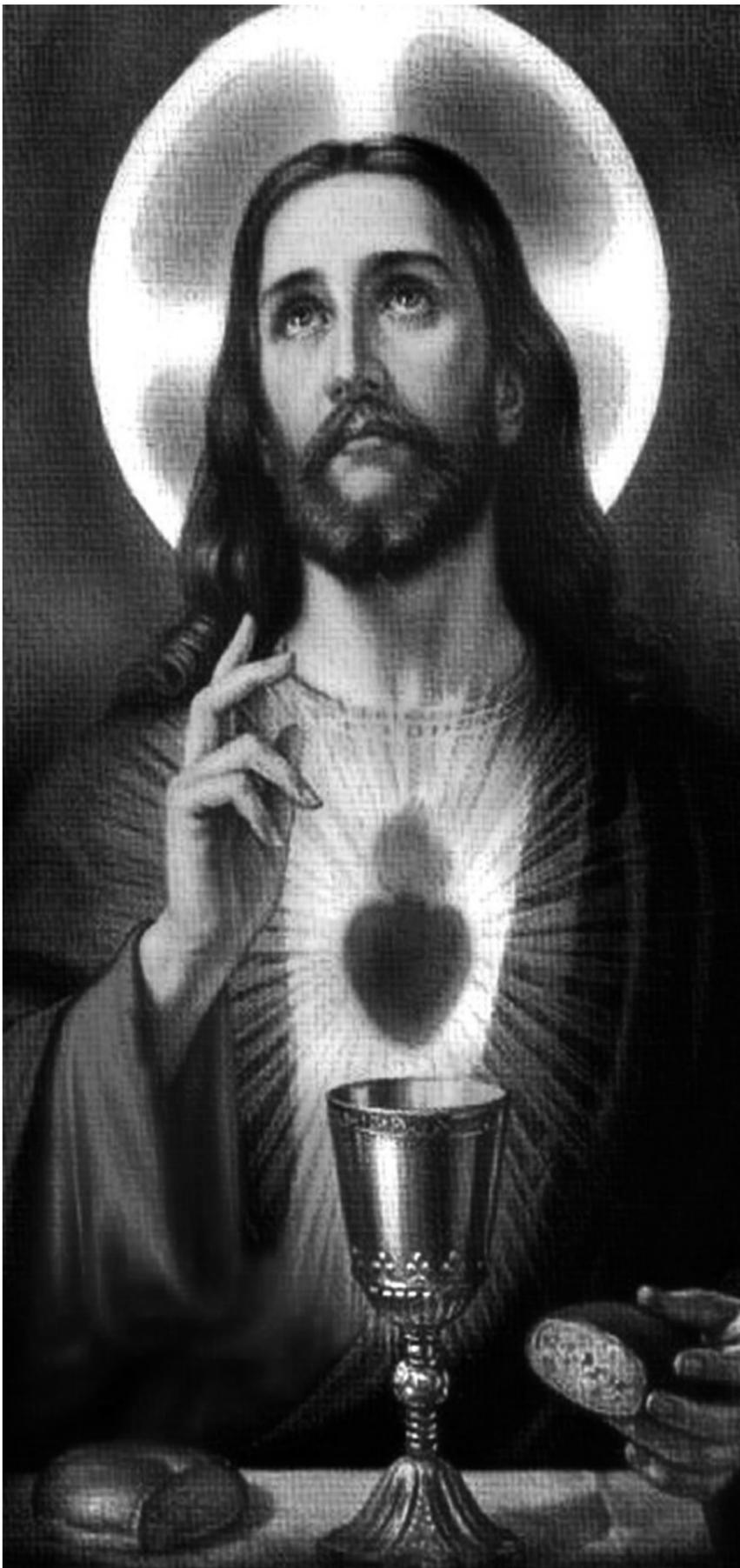


AMORES

Por José María R. Olaizola, S.J.



Hay amores ciertos
y otros engañosos.
amores fugaces,
y amor duradero.
Unos respondidos,
otros ignorados,
los hay conocidos
y los hay secretos.
Están los que intentan
que no se les note
y los que se gritan
a los cuatro vientos.

Amor intangible,
y amores concretos.
Amores felices,
y amores molestos.
Hay amor que asfixia,
y lo hay llevadero.
Unos, legendarios,
otros, olvidados
y otros, ya veremos.

Amores cansados
de tanto luchar,
o apenas brotando,
los amores nuevos.

Y luego, Tu amor.
inmortal, discreto,
que ni se negocia
ni nos pone precio,
que salta distancias
y atraviesa el tiempo,
que nos enamora
y nos vuelve espejo
del amor posible,
del amor eterno.

✠ **Ignacio de Antioquía (3/6)**
Por Santiago Lantigua, S.J.

✠ **Nadie tiene amor más grande
que el que da la vida por sus
amigos (Juan 15, 9-17)**
Por Carlos García-Carrera, S.J.

✠ **El poder de la oración**
Por Miguel Bravo

SANTORAL

D 5: San Máximo / **L** 6: San Heliodoro /
M 7: San Augusto / **Mi** 8: Santos Víctor y
Acacio / **J** 9: San Gregorio Ostiense /
V 10: San Juan de Ávila / **S** 11: San Anastasio

Ignacio de Antioquía (3/6)

Por Santiago Lantigua, S.J.



Antioquía fue la capital de la provincia romana de Siria y, además, uno de los primeros lugares donde llegó el mensaje cristiano: En Antioquía fue donde, por primera vez, los discípulos recibieron el nombre de cristianos (Hch. 11, 19-26). Esta temprana presencia del evangelio colocó la ciudad en el plano religioso como un referente pues, según la Tradición, gozó de la presencia evangelizadora de Bernabé, Pablo y Pedro.

En este contexto, y reinando Trajano (98-117), aparece Ignacio, obispo de Antioquía de Siria. Muere mártir, devorado por las fieras, en Roma. Mientras era conducido a su martirio, que serviría de deleite para los romanos, Ignacio escribió siete cartas: “A los filadelfios”, “A Policarpo”, quien fue obispo de Esmirna. Estando allí, escribe cartas “A los efesios”, “A los magnesios”, “A los tralianos”. Una situación problemática se repite en estas cartas: la tensión entre carisma e institución-jerarquía; por esta razón, los anima a superar las dificultades y a construir la paz.

En su “Carta a los romanos”, hay un matiz diferente: Ignacio sabía que los cristianos en Roma intentarían mover cielo y tierra para evitarle la muerte y conseguir su liberación, práctica que se había vuelto común entre los romanos. El mismo Ignacio escribió: No quiero que agraden a los hombres, sino a Dios, tal como le agradan. Yo

nunca tendré una ocasión como ésta de alcanzar a Dios, ni ustedes, si callan, podrán firmar una obra mejor. Pues si callan respecto de mí, yo seré palabra de Dios.

Ahora bien, en tiempos de Ignacio se estaba siendo popular entre los cristianos una comprensión de la fe en Cristo que admitía su divinidad, pero cuestionaba su humanidad: los docetas. Para estos cristianos, la humanidad de Jesús era solo una apariencia; parecía hombre, pero no lo era. Por esta razón, Ignacio formula expresiones cristológicas antidocetistas: por lo tanto, háganse los sordos, cuando alguien les hable de no ser de Jesucristo, la descendencia de David, el hijo de María, que nació verdaderamente, que comió y bebió... perseguido por Poncio Pilatos... que fue crucificado y murió verdaderamente... resucitó verdaderamente de los muertos.

Por lo tanto, acá se encuentra una de las primeras formulaciones de lo que luego se conocerá como Símbolo de la Fe (o Credo). Esta tendencia que busca separar la divinidad y la humanidad de Jesús, y que con el transcurrir de los siglos se radicalizará más, fue condenada definitivamente en el Concilio Ecuménico de Calcedonia (451): “debe reconocerse en dos naturalezas sin confusión, sin mutación, sin división, sin separación”.

Finalmente, sirvan estas líneas como provocación para la lectura de estas cartas de Ignacio de Antioquía. Hoy, al igual que entonces, los creyentes pueden redescubrir a Jesucristo como alegría eterna y constante, como cabeza de su cuerpo místico, como la esperanza que es común a todos los hermanos y, no menos importante, Jesucristo como la fidelidad perfecta e imagen del hombre nuevo; alejándose de cualquier interpretación caprichosa y reduccionista de la fe.

Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos (Juan 15, 9-17)

Por Carlos García-Carrera, S.J.

En el evangelio de este domingo IV del tiempo de Pascua de Resurrección, Juan

el Evangelista resume el meollo del mensaje que Jesús quiere comunicarnos, lo que él, Juan, ha escuchado en el mismo corazón de Jesús. Nos dice cómo Jesús se relaciona con su Padre y cómo nos invita a relacionarnos con Él mismo, así como entre nosotros, unos con otros. Nos



invita a una relación de amor. También revela que el amor proviene del Padre y que Él nos lo comunica. Ese amor conlleva hacer la voluntad de Aquel, y eso es lo que nos mantiene en el amor de la persona que amamos.

Jesús nos dice que la alegría y la felicidad verdaderas las tendremos en la medida en que nos mantengamos en su amor, haciendo lo que Él nos dice. Eso es lo que nos invita a hacer: amarnos los unos a los otros como su Padre lo ama a Él y como Él nos ama a nosotros. Esa relación de amor es la que nos hace ser sus amigos. No nos manda a hacer algo como a empleados obligados a obedecer sus órdenes para mantener el empleo, sino que nos invita a amarnos como amigos que aconsejan lo que saben que es lo mejor para el otro, lo

que saben que hará completamente feliz al amigo.

Jesús revela hasta dónde puede llegar el amor de un amigo por otro; hasta dar la vida por salvar a su amigo. Así nos muestra hasta dónde va a llegar su amor, dando la vida en la cruz para salvarnos a

todos. Y dice que Él mismo nos ha elegido como amigos suyos. La iniciativa no ha sido nuestra, sino suya. Es Él quien ha querido escogernos. También, como somos sus amigos, nos ha comunicado todo lo que el Padre le ha descubierto y enseñado a Él.

Finalmente, revela que nos ha elegido para que demos mucho fruto y que el fruto que demos sea duradero y se multiplique. Al mismo tiempo, asegura que todo lo que le pidamos al Padre en su nombre, nos será dado; podemos estar seguros de eso. Es tanto lo que Dios le ama a Él y Él a nosotros, que nada de lo que pidamos al Padre invocando el nombre de Jesús quedará sin llevarse a cabo. ¿Sibilidad de Dios? “Permanezcamos en Jesús y Jesús en nosotros”.

MENSAJE
DE VIDA

Usa tu sonrisa para cambiar al mundo y no dejes que el mundo cambie tu sonrisa.

Anónimo

El poder de la oración

Por Miguel Bravo



Carlos, un hombre que se había enfrentado a numerosos desafíos en su vida, se encontró de pronto en medio de una abrumadora tormenta de dificultades personales y profesionales. La presión acumulada por las preocupaciones familiares y las tensiones cotidianas lo acosaba constantemente, sin brindarle una vía clara de escape hacia la paz. Carlos, a pesar de no ser una persona religiosa, recordó las palabras de su abuela, quien solía decir que la oración era un ancla en medio de las tempestades. Sin muchas opciones disponibles, decidió darle oportunidad a la oración.

Sentado en silencio en su habitación, encendió una vela y cerró los ojos. Las primeras palabras fueron tímidas y vacilantes, pero brotaron sinceramente desde su corazón. Habló de sus miedos, preocupaciones y dudas. Compartió su profundo deseo de encontrar soluciones a los desafíos que amenazaban a su familia. A medida que las palabras fluían, Carlos experimentó una sensación de alivio. Como si alguien lo escuchara y comprendiera.

La oración pronto se convirtió en una parte esencial de su vida. No solo compartía sus preocupaciones, sino que también se sumergía en el silencio, donde podía conectar con una

parte más profunda de sí mismo. A través de la oración estableció un diálogo sincero con Dios, pero también encontró espacio para la reflexión personal. Descubrió respuestas a preguntas profundas y, sorprendentemente, halló consuelo y orientación.

A medida que persistía, comenzó a notar transformaciones internas significativas. Sus preocupaciones ya no lo atormentaban con la misma intensidad, y una sensación de paz lo abrazaba, incluso en medio de las dificultades persistentes. La gratitud se apoderó de su corazón, permitiéndole encontrar belleza en las pequeñas cosas.

La oración se convirtió en un camino de autodescubrimiento y crecimiento espiritual para él. Aprendió que la verdadera fortaleza no provenía de enfrentar las circunstancias externas, sino de la relación con Dios, el discernimiento y cultivar la paz interior. Aprendió a confiar en el proceso de la vida, soltando el control sobre las cosas que no podía cambiar y abrazando una perspectiva más serena.

A medida que profundizaba en su práctica, descubría que no estaba solo en su viaje espiritual. Se unió a una comunidad de creyentes que compartían su pasión por la oración. Juntos, participaron en grupos de oración y compartieron experiencias, creando un entorno de apoyo y fraternidad.

La historia de Carlos invita a considerar la oración como recurso accesible y transformador en nuestras propias vidas, recordándonos que, a través de ella, se puede encontrar consuelo, dirección y renovación espiritual, para enfrentar con confianza cualquier desafío que se cruce en nuestro camino.